

*THE OMNIVORE'S DILEMMA. A NATURAL HISTORY OF FOUR MEALS.* | por Michael Pollan. 2006. New York: Penguin Books. 450 páginas.

MAURICIO HUMBERTO RODRÍGUEZ PANDURO

El escritor japonés Haruki Murakami, en su obra *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo*, nos ofrece una historia cinematográfica y fantástica desarrollada desde una imagen simple, en la que el personaje principal se debate ante la rutinaria tarea de prepararse la cena cada noche mientras silba una parte de la obertura de la ópera *La gazza ladra* de Rossini, sin esperar todo lo que luego se derivaría de ese acto natural y cotidiano, como es en principio saciar el hambre diaria. Es una situación semejante a la que se podría ver enfrentado el lector que toma en sus manos el libro *El dilema de los omnívoros*, escrito por el periodista norteamericano Michael Pollan, quien a partir de lo que podría ser una pregunta corriente como “¿y que tenemos hoy para comer?”, nos lleva de la mano a encontrar la respuesta a través de un fascinante viaje al interior del muchas veces oscuro y oculto universo de la comida. El libro de Pollan no tiene la agradable tonada de Rossini, pero sí las imágenes propias de los paisajes norteamericanos.

En *El dilema de los omnívoros* Pollan presenta su posición, muy al estilo documental al que ya nos tiene acostumbrados Michael Moore, de las implicaciones del acto natural de comer, de lo que se come y de la serie de interrelaciones y efectos derivados de las nuevas prácticas de alimentación y producción de alimentos, de la moda de comer saludablemente y evitar el consumo de alimentos de origen animal, entre otras, ofreciendo una mirada acerca de la influencia de estas acciones sobre el hábitat y los seres humanos, quienes como cualquier otro organismo heterótrofo depende de otros para la obtención de energía, sin correr el riesgo de morir o enfermarse mientras se decide qué comer. Es lo que Pollan llama “dilema de los omnívoros”; un hecho de profunda afectación ecológica, política, económica y agrícola.

El autor de este *best seller* académico refiere cuatro formas básicas en que las sociedades humanas han resuelto el tema de la alimentación: describe el sistema actual de producción industrial de alimentos en los Estados Unidos, la producción orgánica de los mismos, las granjas de producción autosuficientes

de alimentos y el sistema de caza-recolección. Pollan inicia esta minuciosa narración periodística dándonos a conocer el papel relevante que ha tenido el maíz en el desarrollo de la industria de producción de alimentos por parte de la sociedad norteamericana luego de la posguerra, y desde ese punto de partida sugiere los efectos que ocurren a niveles tan sensibles que van desde la salud de los consumidores, el papel preponderante de las corporaciones en la industria alimenticia o los efectos económicos de la política agraria de subsidio a los productores del grano dorado en los Estados Unidos, hasta las maneras de optimizar y garantizar altas tasas de producción de maíz para el sostenimiento de la “agro-economía”, a partir de un insumo básico, e inimaginable en principio, como son los combustibles fósiles en forma de pesticidas y fertilizantes. De esta manera, Pollan crea una imagen cruda, quizás bizarra, en la que nos sugiere que en la actualidad lo que realmente comemos y llamamos “comida” se reduce a fragmentos de maíz y petróleo.

A lo largo del libro, y valiéndose de viajes y entrevistas directas con los coprotagonistas del libro, de una amplia referencia bibliográfica y de distintas fuentes de información presentes en la red, Pollan intenta hacer visible la tensión subyacente entre lo que él denomina la “lógica natural” de obtención de alimentos, fundamentada en la fertilidad de los suelos y la energía del sol, enfrentada a la denominada “lógica industrial”, orientada básicamente a la creación de excedentes de productos alimenticios a escala industrial, tomando como fuente de energía los combustibles fósiles y el confinamiento y cría de especies que han co-evolucionado con las sociedades humanas desde tiempos remotos. Sugiere que esta “lógica industrial” nos arrebatada de las conexiones ecológicas ancestrales que han mantenido a las sociedades humanas con lo que comen, dándonos a conocer nuevas conexiones con los alimentos procesados actualmente, que se podría reducir a la compra de los mismos en el supermercado, o en el mejor de los casos, al mercado del pueblo o ciudad, si se cuenta con dinero suficiente para “comprar” la comida, claro está.

Por la relevancia de estas reflexiones, todos estamos invitados a leer *El dilema de los omnívoros* y reflexionar sobre el acto cotidiano de comer. No obstante, contrasta mucho hablar y discutir de comida desde la mirada de un país como Estados Unidos, que desperdicia comida, mientras seguimos registrando muertes por inanición en algunos sectores de la población humana, y los que por fortuna sobreviven no siempre pueden comer o elegir lo que desean comer, en términos de cantidad y calidad. Resulta interesante la crítica

de Pollan al sistema actual de producción de alimentos, y a la manera como nos alimentamos, pero está lejos de ofrecer una gran solución al problema de escasez de alimentos al que nos vemos enfrentados actualmente. El costo de alimentar a 7.000 millones de personas en el planeta sigue siendo el asunto crucial en los temas de alimentación, pero no se reduce a un problema de costos; se debe ir más allá y brindarle la posibilidad de elegir a cada ser humano lo que quiera comer. Si estos temas se abordaran, seguramente complementarían el panorama ofrecido por Pollan.

Es probable que al terminar de leer el libro se sienta invitado a convertirse en vegetariano, evitar comer productos procesados, comer únicamente productos orgánicos, montar su granja auto-sostenible, dedicarse a la agricultura urbana, leer con más detenimiento los ingredientes de los productos alimenticios provenientes de la industria, o decida usted mismo salir a pescar o cazar su propia comida (si cuenta con la suerte de encontrar ríos con peces y selvas con animales para comer), corriendo el riesgo de convertirse en “otro más” de esos seres singulares que son víctimas de la naturaleza pendular humana, tan propensos a ir de extremos a extremos. Recuerde la cita de Paracelso: “La dosis hace el veneno”.

Quizás llegue el día que de mano de la biología molecular, la biología sintética, la ingeniería genética y el liderazgo de alguna mente inquieta y heterodoxa, podamos reemplazar nuestras mitocondrias por cloroplastos y así vivir del aire y la luz, y superar de una vez por toda nuestra dependencia de otro para subsistir, resolviendo así el dilema de los omnívoros. En ese utópico día, todos seremos seres verdes. Dada nuestra tendencia humana a repetir modelos vetustos, no resulte que entonces los verdes claros sometan a los verdes oscuros. Pero esa ya es otra cuestión.